

R. 19339

SERMÓN

DE LA

CONQUISTA DE GRANADA

PREDICADO EN SU METROPOLITANA IGLESIA

EL DÍA 2 DE ENERO DE 1895

POR EL M. J. SEÑOR DOCTOR

DON RAFAEL GARCÍA GÓMEZ

CONVINO DE LA INSIGNE IGLESIA MAGISTRAL DEL SACRO-MONTE

Y CAPELLAN DE HONOR HONORARIO DE S. M.



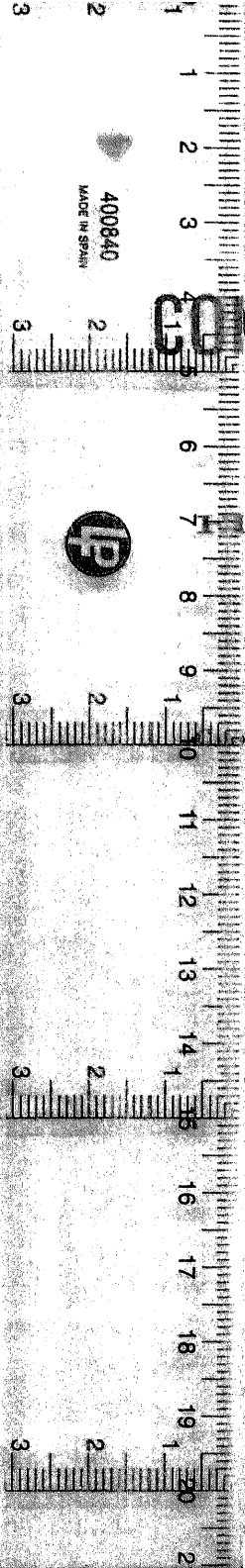
Se publica por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento

GRANADA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE F. GÓMEZ DE LA CRUZ

Recogidas, 2.—Teléfono 177

1895



B. 19329

SERMÓN

DE LA

CONQUISTA DE GRANADA

PREDICADO EN SU METROPOLITANA IGLESIA

EL DÍA 2 DE ENERO DE 1895

POR EL M. J. SEÑOR DOCTOR

DON RAFAEL GARCÍA GÓMEZ

CANÓNIGO DE LA INSIGNE IGLESIA MAGISTRAL DEL SACRO-MONTE

Y CAPELLAN DE HONOR HONORARIO DE S. M.



Se publica por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento

GRANADA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE F. GÓMEZ DE LA CRUZ

Recogidas, 2.—Teléfono 177

1895

Oficina Universitaria
72 N. 101
22 C
19
55(12)

Dedico

*este humilde trabajo al Excelentísimo
Ayuntamiento de Granada.*

Rafael Garcia.



CENSURA

Excmo. y Rldmo. Sr. Arzobispo de Granada:

En cumplimiento de la orden superior de V. E. I. he leído atentamente el Sermón de acción de gracias por la reconquista de Granada, predicado el día 2 de Enero, aniversario del feliz suceso, en la Santa Iglesia Metropolitana el Canónigo de esta Colegiata Magistral, Dr. D. Rafael García Gómez, y no he hallado cosa que repugne al Dogma Católico ni á la moral Evangélica; por lo cual, soy de parecer que puede darse á la estampa salvo el más ilustrado y preeminente de V. E. I.—Dios Nuestro Señor guarde muchos años la vida de V. E. I.—Sacro-Monte, 24 Enero de 1895.—Excmo. é Ilustrísimo Señor, *José de Ramos López*.

APROBACIÓN

Vista la censura que precede del Ilmo. Sr. Abad de Nuestro Sacro-Monte, concedemos Nuestra licencia para que pueda imprimirse el Sermón, objeto de aquella. Dada en Nuestro Palacio Arzobispal á los veinte y cinco días de Enero de mil ochocientos noventa y cinco.—*José*, ARZOBISPO DE GRANADA.—Por mandado de S. E. I. el Arzobispo, mi Señor, *Ldo. Marcelino Toledo*, Canónigo Vicesecretario.



Et flet unum ovile et unus Pastor.
(Joan. e. 10. v. 16)

EXCMO. Y RDMO. SEÑOR, SEÑORES EXCELENTÍSIMOS...

MIS AMADOS HERMANOS EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO:

¡Día glorioso el 2 de Enero de 1492! ¡Día solemne y de grata memoria para los hijos de esta ciudad! ¡Página inmortal de nuestra historia, digna de ser escrita con letras de oro en los anales del mundo cristiano, y grabada con caracteres indelebles en el corazón de todo buen español! *Jubila, Israel*, diré con el Profeta Sofonías, (1), *laetare et exulta, filia Jerusalem*, alégrate Israel, alégrate de corazón, hija de Jerusalén, vístete de todas tus galas, oh Granada cristiana, *avertit Dominus inimicos tuos*, porque el Señor ha quebrantado la cabeza y orgullo de tus enemigos, arrojando lejos de tu suelo la raza impura de Mahoma! Tú serás desde hoy el trono donde se siente el verdadero Dios, Rey de Israel. *Rex Israel, Dominus, in medio tui*. Desde el día en que fuiste porción escogida de la herencia del Señor, tu nombre, oh Granada, será

(1) Cap. 3. vv. 14, 15, y 20.

bendito entre todos los pueblos de la tierra. *In tempore illo... quo congregabo vos... dabo... vos in nomen et laudem omnibus populis terræ.*

Nosotros, los hijos de la fe, llorábamos cautivos en tierra ajena al acordarnos de tí, oh bella Sión. *Sentados á la orilla de tus rios*, oh hermosa Granada, nuestros padres suspiraban, como *suspiraban los hijos de Israel junto á los rios de Babilonia*, recordando (1) tus pasadas glorias. Aquí se interrumpieron por luengos años los órganos de nuestras públicas oraciones, *suspendimus organa nostra*, porque los que nos llevaron cautivos, mofábanse de nuestro Dios. Aquí en esta tierra purificada con la doctrina y la sangre de nuestro primer obispo y padre Cecilio, formaban contraste admirable la riqueza y hermosura peregrina de su suelo, con los suaves aromas del incienso quemado en sus mazmorras en honor del *Santo de los Santos*; y juntos, el triste gemir del cautivo cristiano y el alegre cantar de las divinas alabanzas *traspasaron las nubes del cielo....*

Y el Señor tuvo compasión de sus hijos..... y levantó el brazo de su justicia que pesaba sobre nuestra amada patria..... y formó de ella un solo rebaño de Cristo..... Para ello puso en los tronos de Aragón y Castilla á dos instrumentos fieles á su misión providencial, esforzados en la lucha, constantes en la adversidad y llenos de amor hacia su pueblo, Fernando é Isabel. No de otro modo, m. a. h., hemos de contemplar la majestuosa figura de los Reyes Católicos levantándose bondadosa sobre el hispano suelo, llevando á todas partes la fe que anima sus corazones, la esperanza que alienta sus deseos, la caridad que dirige sus pasos. Mirad, hijos de Granada, á esos dos seres queridos de su pueblo, y hechos el ejemplar y forma de sus vasallos, estableciendo entre ellos las bases de recta justicia, administración y gobierno, consolando con ternura paternal las aflicciones de sus súbditos, poniendo remedio eficaz á las desventuras y males de su patria, acometiendo, en fin, la heroica empresa de lanzar de sus castillos y verjeles á la descendencia del falso Profeta, para coronar á España con la hermosa diadema de su unidad religiosa y política.

(1) Salmo, 136, vv. 1, 2, y 3.

Justo es, pues, que los que de católicos y españoles se precian, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, ricos y pobres, unidos todos con los dulces lazos de la caridad cristiana, vengamos al templo del Señor, para darle rendidas gracias por este beneficio singular. Acompañemos, m. a. h., á nuestro dignísimo Padre y Prelado, que, lleno de santo júbilo, viene hoy á ofrecer al Dios de las batallas el sacrificio de sus oraciones. Imitemos tambien el cristiano ejemplo de nuestra Excm. Corporación Municipal, que delante del Señor de los ejércitos rinde homenaje de gratitud piadosa, en nombre de esta ciudad católica.

No se me oculta que el grandioso hecho que conmemoramos, excede por demás mis débiles fuerzas. Comprendo así mismo que el objeto de la solemnidad presente es un vasto campo escrupulosamente labrado por los que en esta cátedra Sagrada me precedieron. Pero obligado hoy á interpretar vuestros piadosos sentimientos, no he podido menos de reconocer que beneficios como este, cuya santa memoria tanto entusiasmo á los hijos de Granada, son al mismo tiempo lecciones saludables de la divina Providencia, toques divinos de su gracia, que algo exigen de nosotros. Ved aquí por qué mi pobre oración no puede concretarse á recordaros la página gloriosa de la Conquista de esta ciudad, ni aun á señalar tan sólo su necesaria consecuencia de la unidad religiosa y política de España, sino que, tomando ocasión del mismo glorioso hecho, he de manifestar que *El beneficio de la Toma y Conquista de Granada, origen de la unidad religiosa y política de España, exige de nosotros, como justa correspondencia, la unidad de pensamiento y acción, ó de fe y buenas obras.*

Y está ya indicado el objeto de vuestra atención en esta mañana.

¡Oh Padre de las luces y Dios de toda sabiduría! ilumina mi entendimiento, mueve mi lengua para alabar tus beneficios. Da gracia á mis oyentes para que los reconozcan y bendigan. Ellos y yo imploramos con este fin la mediación poderosa de vuestra amantísima Madre, saludándola reverentemente.

AVE MARÍA.

Et flet unum ovile et unus Pastor.
(Joan. c. 10. v. 16)

Siendo Dios el agente universal que, en frase de la Santa Escritura, ha hecho todas las cosas *propter semetipsum*, por su gloria (1), su divina Providencia y el cuidado paternal que tiene de todo lo que hizo se estiende tanto, cuanto se estiende su virtud creadora (2) *Attingit á fine, usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* (3) *Todas las cosas son claras y patentes á las miradas de Dios,* (4) *y El tiene cuidado de nosotros.* (5) No es, pues, defecto de su poder el comunicar á criaturas la dignidad de causalidad, es, por el contrario, manifestación elocuente de su amor, cuando reviste á esas mismas criaturas de las aptitudes necesarias para llevar á cabo los planes de su sabiduría, ayudando, por decirlo así, á la ejecución de su inefable Providencia. Ved aquí por qué las perfecciones repartidas con mano pródiga entre los innumerables seres que componen el Universo material, así como las virtudes y medios extraordinarios en el orden divino de la gracia, lejos de suponer impotencia, ó falta de sabiduría, en el Criador, pregonan y bendicen sus grandezas por doquier. *Coeli enarrant gloriam Dei*, los cielos cantan la gloria de Dios, dijo el Real Profeta (6) *Invisibilia..... ipsius..... per ea, quae facta sunt, intellecta conspiciuntur*, ha dicho San Pablo (7); las cosas invisibles de Dios se hacen visi-

(1) Prov. c. 16. V. 4.

(2) Sum Teol. 1.ª p. q. 22. a. 2.º c.

(3) Sab. c. 8 v. 1.

(4) A los Heb. c. 4. v. 13.

(5) 1.ª de S. Pedro, c. 5. v. 7.

(6) Sal. 18. v. 4.

(7) A los Rom. cap. 1. v. 20.

bles y se manifiestan por lo que ha sido hecho. Por eso la Divina Providencia no prescinde de las causas segundas, sino que exige su concurso en la realización y cumplimiento de sus leyes. Y este concurso que salta á la vista y se toca con los sentidos del cuerpo, como se tocan los seres sobre quienes se ejerce, se toca también, si no de una manera sensible y material, no por eso menos real y verdadera, en la sucesión y progreso de la vida de los hombres y naciones. Y estas verdades que para el cristiano son de fe, terminantemente declaradas en las Santas Escrituras, son ciertas é inconcusas para todo hombre que, usando con rectitud de las luces de su razón, abre y estudia desapasionadamente el gran libro de la historia.

¿Cómo explicar de otro modo el principio, progreso y término de aquella poderosa monarquía visigoda, que por espacio de tres siglos, rigió los destinos de nuestra amada patria, comenzando á vivir con vida propia en Ataulfo, adquiriendo su mayor esplendor en los reinados de Leovigildo, Recaredo y Chindasvinto, y sepultándose, en fin, en las aguas del Guadalete bajo el reinado de don Rodrigo? ¿Cómo explicar de otro modo que una muchedumbre de sectarios de Mahoma, enemigos declarados de nuestro Padre Dios y de nuestra madre patria, atravesando en triunfo nuestro suelo, y sembrando por doquier la muerte y la desolación, lleven sus armas vencedoras á casi todos los rincones de España, plantando el signo de la media luna allí, donde tremolaba la santa bandera de la Cruz? ¿Cómo explicar de otra manera que un puñado de valerosos españoles, á las órdenes de un Pelayo, comiencen en la cueva de Covadonga esa gloriosa epopeya de la reconquista, que llena ocho centurias de la historia patria, terminando felizmente con la toma de nuestra ciudad?

Ciego debe ser de entendimiento quien no vea en estos grandes sucesos dos cosas: primera, la acción de la Divina providencia dirigiendo los pasos de las humanas necesidades; segunda, la acción de los mismos hombres, concurriendo y como ayudando por modo de instrumentos á la ejecución de aquélla.

Crímenes cometidos por los hombres responsables de sus acciones delante de Dios, es decir, males de culpa, y calamidades y miserias, al parecer fortuitas, ó males de pena, hicieron sentarse en



tos tronos de Aragón y Castilla á dos príncipes poderosos y magnánimos, que unidos entre sí con los lazos del más puro y santo amor conyugal, llevaron á cabo la grande obra de la unidad política y religiosa de España, coronando las torres de la Alhambra con el árbol santo de nuestra redención. Y el advenimiento providencial de Fernando el Católico y de Isabel I al trono de Aragón y Castilla es la primera de las causas, que en las manos de Dios, contribuye poderosamente á dar feliz término á la empresa de Pelayo. Pero sin el odio injusto y criminal de un padre, rey de Aragón, á su hijo primogénito, Fernando no ciñera la corona de Jaime el Conquistador. Sin la mancha y borrón que la historia puso en la honra de la esposa del Rey Don Juan II, y sin la muerte prematura de su hijo Enrique IV, Isabel I no empuñara el cetro de Castilla.

Imposible era sufrir por más tiempo el yugo y servidumbre de los sectarios del falso Profeta, sin mengua del nombre cristiano y desdoro del cetro poderoso de Isabel y Fernando. Reyes tan amantes de la pureza de la fe católica y devorados por el celo de la casa del Señor, fieles por otra parte á la misión providencial, que el Dios de las batallas les había confiado, no pudieron tolerar que el estandarte de la media luna ondeara en los muros de Granada, y que los infieles sarracenos continuaran sus insultos á la fe de Jesucristo, dueños como eran de este hermoso rincón de la Península.

Presentábase entonces á los católicos príncipes ocasión oportuna de satisfacer sus nobles y cristianos deseos, que no eran otros que los deseos de todo su católico pueblo. Y esta ocasión, como preparada en efecto por la mano de Dios, hizo ver á nuestros reyes que la hora de la muerte y esterminio de la mocrisma había sonado en el reloj infalible de la divina presciencia. Me refiero á los cismas y guerras intestinas que destrozaban y empobrecían á los mismos enemigos del nombre cristiano. El pérfido y voluptuoso Muley Hacem, rey moro á la sazón de esta ciudad, repudia á la sultana Aixa. Pero su hijo Boabdil, ayudado poderosamente por su madre y los Abencerrajes, que no olvidaban antiguas persecuciones y agravios, levantaron los ánimos de los granadinos en contra de su rey y su partido, capitaneado por Abul Caçim Ve-

negas, hasta el punto de proclamar sediciosamente por rey al mismo Boabdil. Las calles y plazas de Granada viéronse entonces regadas con torrentes de sangre mora, y llenas de cadáveres de uno y otro bando, que sin tregua ni cuartel se disputaban la supremacía. El mismo Muley retiróse huyendo á Málaga, donde continuó con un simulacro de corte, hasta después de la conquista de Loja y de la prisión de Boabdil en los campos de Lucena, que volvió á ocupar su palacio de la Alhambra; pero Aixa, la inflexible y repudiada sultana, madre de Boabdil, osó provocar la cólera del viejo rey, retirándose con sus tesoros á su palacio del Albaicim para mantener encendido el fuego de la discordia, y allegar recursos é influencias al partido de su primogénito. No importa que Muley sea defendido con mano fuerte por su propio hermano, llamado el Zagal, y por los hermanos Venegas, y otros poderosos de su bando; el mismo Zagal es proclamado rey, y entrando triunfante en Granada, recibe la púrpura de manos del propio Muley, que abdica así vergonzosamente el cetro que tantas amarguras le costara. No por esto acabaron las discordias intestinas y los odios. Aquel convenio celebrado entre Boabdil y su tío el Zagal para dividirse el mando, no sólo minaba sordamente los cimientos del imperio, sino que infundió temores y recelos en el ánimo de nuestros Católicos Monarcas, los cuales interpretaron aquellas alianzas como una declaración de guerra, y un complot sigilosamente armado contra el Pendón de Castilla. De este modo condenaban á Boabdil, su tributario, á la triste condición de obtener la paz exterior manteniendo viva en Granada la tea de la discordia. ¡Dicho está por el que no puede engañarse! *Omne regnum divisum contra se, desolabitur*: todo reino que se divide será destruido. (1) ¡Bendita Providencia que así te vales de tus criaturas para la realización de tus planes! ¡Dichosos aquellos que, como el barro en manos del alfarero, (2) saben rendirse como nuestros Reyes á los designios amorosos del Señor, correspondiendo fielmente á su oficio y misión sobre la tierra!

Desde el momento en que los nobilísimos Príncipes Fernando é Isabel miran tan divididos á aquellos sus constantes enemigos, su

(1) S. Mat. cap. 12. v. 25.

(2) Jerem. cap. 18. v. 6.

espíritu se agranda, y con él crece su valor. Llenos de ira santa recuerdan con amargura aquella multitud de niños, mujeres y ancianos sacrificados cruelmente en la villa de Zahara, ó conducidos á Granada cargados de cadenas..... Recuerdan con dolor los contratiempos y penas que affigieron á sus caballeros esforzados en el doble sitio y conquista de Alhama, los sacrificios y penas de D. Diego de Merlo, del veterano capitán de escaladores Ortega del Prado, de los célebres hermanos Girones, D. Rodrigo y D. Juan, y otros que sería prolijo enumerar. Nuestros Reyes reciben como una señal del cielo y como un beneficio y protección singularísima de Dios la toma y conquista de Tajarja, fortaleza entre Granada y Alhama, y en cuyo ataque el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, gloria de su siglo, estuvo á punto de perecer. Fernando é Isabel reconocieron entonces la necesidad de ocupar sucesivamente las fortalezas y villas menores, estrechando así el círculo de las ciudades principales, y no cesar en las talas é incendio de las campiñas, para hacer sentir los rigores del hambre en todos los ángulos del reino enemigo. Decididos á conquistar la Serranía de Ronda para caer más facilmente sobre Málaga, organizaron su ejército, y bien pronto Álora, Cártama, Coín, Setenil y otros muchos pueblos experimentaron la ira y pujanza del Castellano, que con prodigios de valor por parte de los nuestros, eran engarzados en su corona. La ciudad de Ronda abre sus puertas al rey católico. Loja, la llave de la hermosa vega, se rinde después de una segunda tentativa. A Loja sigue la importante ciudad de Vélez, inutilmente socorrida por el Zagal:

Todas estas conquistas reducen á Málaga á un aislamiento peligroso. Las banderas de Castilla ondeaban en todas las fortalezas vecinas, y á una jornada breve podían los tercios cristianos formalizar el asedio de aquella ciudad opulenta. Su conquista cerraría el paso á los moros de África, empeñados en el sostenimiento del poder musulmánico en España. Por otra parte, era necesario vengar el desastre de las armas cristianas en la Ajarquía, defendida por el Zagal y Reduán Venegas. La sangre de nobles caballeros derramada á torrentes en las memorables *Cuestas de la Matanza*, cerca de Cútar, clamaba justicia al cielo. No importa la tenacidad y vigor del célebre moro Hamet el Zegrí, defensor de la plaza. Los

nuestros oponen sus pechos á las iras de tan formidable enemigo, y la bella ciudad marítima entra á formar parte de los reinos de Castilla. La misma suerte siguieron las importantes ciudades de Baza, Almería y Guadix, no encontrándose castillo ni fortaleza que resistir pudiera el empuje de las armas cristianas, las cuales se situaron al frente de Granada con el propósito firme de destruirla ó rendirla.

Aquí, m. a. h., á dos leguas de la corte y emporio musulmán toman posiciones nuestros ejércitos en tiendas de campaña, que bien pronto se ven convertidas en una hermosa ciudad, bautizada con el nombre de Santafé. Allí están, desafiando al moro en su propia casa, los esclarecidos monarcas de Aragón y Castilla, dirigiendo con su prudencia y medidas acertadas el plan de ataque. Allí están, católicos granadinos, vuestros ilustres padres, vuestros celebérrimos ascendientes. ¡Mirad esa hermosa pléyade de caballeros esforzados unidos en torno de sus Reyes para defender la bandera de su fe y de su patria, ó morir en la contienda. Mirad esa multitud de soldados cristianos, dispuestos á derramar por las mismas santas ideas hasta la última gota de su sangre. Esos guerreros esforzados son nuestros hermanos, redimidos como nosotros con la preciosísima sangre del Cordero inmaculado, Cristo nuestro Dios, cuyo triunfo y soberanía ha de reinar sobre la tierra de España, aun á costa de sus propias vidas! *Laudemus viros gloriosos*, os diré con el Eclesiástico, (1) si, *alabemos á los varones esclarecidos... porque todos ellos alcanzaron gloria en la descendencia de su gente*. Ah, cristiano auditorio, yo quisiera en estos momentos dedicar un recuerdo eucarístico á esos invictos capitanes, celebrando sus hazañas y proezas: yo quisiera disponer de tiempo largo y penetrante voz capaz de resonar en los mismos sepulcros que guardan con orgullo su santa memoria. Pero, ¿qué digo, Reverendísimo Señor, sepulcros que encierran su santa memoria? ¿Ignoro, acaso, que el corazón de un buen hijo es sepulcro que guarda, mejor que fría losa, la memoria de su padre siempre viva? ¿Ignoro, acaso, que vosotros sois los descendientes de aquellos grandes hombres, los hijos de tan ilustres padres? ¿Que diré, pues, en alabanza suya que

(1) Eclesiástico, cap. 44, vv. 1 y 7.

no encuentre favorable acogida en vuestros ánimos, cuando á fuer de buenos hijos estimais como propia la gloria de vuestros mayores?.... Allí, en los reales de Santafé, esperan impacientes la orden de batir sus aceros el celebrado D. Rodrigo Ponce de León, Marquez de Cádiz, héroe de tantas victorias, y autor de tantas correrías por los campos enemigos. El ilustre Marquez de Villena, el terror de los moros de Loja D. Alonso Aguilar, los condes de Ureña y de Cabra, el invicto guerrero, hábil político y prudentísimo Gobernador de Alhama, D. Iñigo López de Mendoza, segundo conde de Tendilla, cuyo nombre va inseparablemente unido al de los Católicos Reyes en la conquista de Granada, pues mereció ser el primer alcaide de la Alhambra cristiana y Capitán General de esta ciudad.

Allí, en los reales de Santafé, esperan impacientes la hora de purificar las mezquitas árabes de Granada y de convertirlas en templos cristianos el gran Cardenal, D. Pedro González de Mendoza, compañero fiel de los Reyes en todos los azares de la guerra, y el humilde y bondadoso fraile gerónimo, Hernando de Talavera, obispo de Ávila, y sucesor de nuestro San Cecilio en el gobierno y dirección de esta Archidiócesis. Allí está el celeberrimo y Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, gloria y prez de esta tierra de Andalucía, cuya fama oscurece la de los guerreros más esforzados, antiguos y modernos. ¿No habeis visto y leído con vuestros propios ojos aquellas memorables palabras grabadas en su tumba por mano fiel, y que compendian por modo admirable sus gloriosas victorias, «*Gonzalo Ferdinando á Corduba, Francorum ac Turcarum terrori*», á la memoria de Gonzalo Fernández de Córdoba, terror de franceses y turcos? Aquel espíritu gigante templado al calor de las armas moriscas, y cubierto de laureles y triunfos en Flandes, purificado en el infortunio y en las persecuciones, como el oro se purifica en el fuego, es la gran figura que llena su siglo, y la más hermosa perla que adorna la corona de Castilla.

¿Y qué sitio corresponde á aquel hidalgo mancebo de las esclarcidas estirpes de los Cortina y Osorio, que ostenta como blasón de su nobleza un guerrero empujando con su espada al muro de una torre con estas palabras por lema: «*Quebrar y no doblar*». Qué

sitio corresponde á Hernán Pérez del Pulgar? Ah, m. a. h.; su heroísmo y hazañas son harto conocidas por los que estiman en algo la gloria de sus mayores. La ciudad de Alhama en la que vivió algún tiempo como veterano y subordinado del conde de Tendilla los pueblos de la vega y sus campos, donde vigilaba continuamente los movimientos del enemigo, la gran Mezquita árabe de Granada, en cuyas puertas grabó con indecible valor el Dulcísimo Nombre de la que es la esperanza de los cristianos, Madre de Dios y madre nuestra, y otras mil y mil proezas, le conquistaron con justicia el nombre de *Pulgar el de las Hazañas*.

Con estos invictos capitanes, y sobre todo, confiados en la protección de Aquél, *por quien reinan los reyes y decretan las cosas justas*, (1) nuestros Católicos monarcas fuerzan el cerco de Granada, arrasan con denuedo las campiñas vecinas, obligando á los capitanes moros á desplegar todos los recursos de su actividad y valor. El mismo Boabdil cargó al frente de su caballería y destacó su infantería, pero no pudiendo resistir el empuje superior de las fuerzas cristianas, hubo de replegarse, estando á punto de caer segunda vez en triste y vergonzoso cautiverio. Mientras tanto los rigores del hambre se hacía sentir en la ciudad, las turbas exasperadas vagaban por las calles y plazas amenazando á los ricos señores, y haciendo temblar al mismo rey y sus consejeros, los cuales, viendo que toda resistencia era inútil, acordaron en plena asamblea tenida en la Alhambra bajo la presidencia de Boabdil entregar á los Reyes Católicos, y en el término de 60 días, contados desde el 25 de Noviembre, todas las puertas, torres y fortalezas de Granada.

Noticioso el pueblo moro de esta resolución de su rey y consejo, todavía dió muestras de su amor al suelo que le vió nacer, y de odio implacable á sus desventurados rey y cortesanos, llamán- doles á grandes gritos, traidores y enemigos de la patria. Pero había transcurrido todo el mes de Diciembre de 1491 sin que hubiera para los moros esperanza alguna de salvarse. La irritación pública crecía con el hambre, los síntomas de nuevos trastornos fermentaban entre el populacho, y Boabdil temía que, antes de

(1) Prov. cap. 8. v. 15.

cumplirse el plazo asignado para la entrega, estallara otro movimiento de rebelión, que podría comprometer su misma vida y la de sus deudos. A fin de evitar esta catástrofe escribe una carta á nuestros Reyes, para que la entrega se verificase el día 2 de Enero próximo, como en efecto se verificó, concluyendo así el drama comenzado en las montañas de Asturias hacia ocho siglos, y coronando á España con la gloria más preciada de su unidad religiosa y política.

Ah, m. a. h.; paréceme en estos momentos asistir con Moisés y los hijos de Israel á aquella memorable noche en que el pueblo escogido atravesó el mar Rojo, dejando á Faraón y á su ejército sepultados por las olas, *Cantemus Domino*, (1) exclamar debemos como el santo caudillo; sí, cantemos al Señor, porque ha sido engrandecido gloriosamente, *gloriosè enim magnificatus est*. Sepultó en el mar al caballo y caballero *equum et ascensorem dejecit in mare*, abatió para siempre el poder de los hijos de Mahoma, sus enemigos, arrojándolos al otro lado del mar. La tierra del Pilar de Zaragoza, la tierra de Santiago Apostol, la patria de Recaredo y San Fernando, será en adelante un sólo rebaño del Gran Pastor de nuestras almas. ¡Unidad, concordia, paz! traídas del cielo por ministerio de los ínclitos Reyes Católicos. ¡Don preciosísimo del Padre de las luces! Tributo y sacrificio que Dios exige de nosotros.

.

No podemos negar que el gran suceso acaecido el día 2 de Enero del año 1492, es fruto bendito de la unidad de pensamiento y acción de nuestros católicos monarcas. Preciso es desconocer la autoridad del criterio de la historia para poner en duda, que una sola fe, y el deseo de propagarla y defenderla por la acción de unos mismos medios, dieron al traste con el poder de la media luna en nuestra España, devolviéndole con su unidad religiosa y política la paz y concordia propia de los hijos de Dios.

¡Qué hermosa es la paz, m. a. h.; qué bella es la unidad de pensamiento y acción que la enjendra, es decir, el *cor unum* y el *anima una* de aquellos primeros cristianos que, según testimonio de

(1) Exod. cap. 15 v. 1.

las Sagradas letras, (1) gozaban de sus frutos saludables. ¿No ha de ser hermosa si es hija de Dios? ¿No ha de ser bella si nos la trajo del cielo el mismo Jesucristo? Si los ángeles entonaron sus melodías rodeando la cuna del Hijo de Dios en Belem, y el mismo Jesucristo la pidió para nosotros en aquella oración de la noche de la cena y nos la dejó con su muerte en testamento eterno?

¿Pero no ha llamado vuestra atención alguna vez, a. h., que de entre todas las criaturas que salieron de la mano de Dios, sólo el hombre, criatura predilecta, está en guerra continua consigo mismo, que sólo en el hombre, imagen de Dios, se verifique aquello de que la *carne deseca contra el espíritu, y el espíritu contra la carne*? (2) Y esta guerra continua del hombre consigo mismo es, á no dudarlo, el origen de todos los males que dividen en nuestro siglo á los hijos de la Iglesia de España, y tanto regocija á los hijos de Satán. Dicho está por boca que no puede engañarse Santiago Apostol en el capítulo 4.º de su Canónica, pregunta de esta manera: «¿*Unde bella et lites in vobis*? Y inspirado por Dios contesta: *ex concupiscentiis vestris, quæ militant in membris vestris*. ¿De dónde provienen las luchas y divisiones vuestras? de vuestras concupiscencias, les dice, que militan y trabajan vuestros miembros. No es posible, pues, la concordia y unión estrecha con el prójimo, esto es; la unidad de fuerzas, de miras y actividad entre los hijos de Dios, sin la paz y sosiego del alma en cada uno de nosotros. Y como esta paz es un resultado necesario y un fruto precioso de la guerra sin tregua ni cuartel á nuestras propias pasiones, sin esta lucha, que lleva consigo y que toda se encierra en las palabras de Jesucristo, *abneget semetipsum et tollat crucem suam*, (3) niéguese el hombre á sí mismo y tome su cruz, no es posible la unión y paz entre los cristianos, tales como Dios y el Papa, su Vicario, las quierem. Vosotros sabéis mejor que yo que aquellos nuestros Padres en la fe, los primeros Apóstoles y discípulos de Cristo, vida nuestra, merecieron ser revestidos con la virtud de lo alto, recibiendo en el día de Pentecostés la gracia y dones del Espíritu Santo. Sabéis también que este Espíritu divino iluminó sus inte-

(1) Hechos Apóst. Cap. 4 v. 32.
 (2) Á los Galatas. cap. 5. v. 17.
 (3) S. Lucas, cap. 9. v. 23.

ligencias y purificó y fortaleció sus corazones de tal manera, que los que antes no tuvieron valor para seguir al Divino Maestro en la carrera de su dolorosa pasión, confesaron después delante de los reyes y príncipes paganos al mismo Cristo, sellando con su propia sangre la verdad de su doctrina celestial. Pero quizás no os habreis penetrado bien de la causa que obró tamaños prodigios. El Sagrado Libro de los Hechos Apostólicos (1) nos dice que perseveraban todos unánimemente, *hi omnes erant perseverantes unanimiter*. La unión, pues, la paz y concordia que hizo de aquellos corazones un sólo corazón, renovó la faz de la tierra, hizo Apóstoles á doce pobres pescadores, y convirtió el mundo entero á la fe de Jesucristo. ¡Prodigio sin igual, m. a. h., milagro patente de la gracia, precioso fruto de la unidad de fe y buenas obras.

Y no de otra manera los primeros Apóstoles, testigos oculares de la vida y prodigios del Divino Redentor, acometieron la empresa de regenerar al mundo con la predicación de la doctrina evangélica, como lo acreditan sus cartas y trabajos. Y no de otra manera los Romanos Pontífices, sucesores y Vicarios de Cristo, continuaron la grande obra de la santificación y salvación de las almas, como lo acredita la historia de la Iglesia. Y de este modo, y no de otro han de portarse quienes se glorian de ser miembros de la Iglesia una y santa, que no tiene ni puede tener más que una sola cabeza, como no tiene más que *una fe y un bautismo*.

¿Y quién no responderá á la voz augusta de aquel venerable anciano, padre nuestro en la fe, sucesor del Príncipe de los Apóstoles, y Vicegerente de Dios en la tierra, el Papa, que cumpliendo con su oficio de pastor, ha llamado á todos los españoles de buena voluntad en ocasión reciente y solemnísimas, para hacerlos entrar en el redil venturoso de la unión, de la paz y concordia, propias de los hijos de Dios y de la Iglesia? (2) ¿Qué sacrificio dejaríamos de hacer por quien ha sacrificado en provecho nuestro y de nuestros hermanos, los fieles de Cristo, su libertad, su independencia, su soberanía, y está dispuesto á sacrificar su propia vida, si necesario fuese?

Mirad, católicos españoles, al Gran Leon XIII abriendo las puertas de la Iglesia Católica, nuestra madre, á todas las Iglesias del Oriente, á todos los que en mal hora desertaron de las filas del Divino Capitán Jesús, para alistarse bajo las banderas del Cisma, ó de la Heregía. Mirad al Papa imitar al Redentor de nuestras almas, cuando próximo á la muerte suplicó entrañablemente al Dios Padre que sus discípulos y seguidores fuesen una sola cosa de mente y de corazón (1), llamando á todos y á todos brindando con la paz y alegría que sólo se disfruta en el seno de la única Iglesia verdadera. Ah, ¿seremos nosotros sordos á ese reclamo divino, que se deja oír ya en las apartadas regiones del Oriente, lo mismo que entre los pueblos que, acá en Occidente, viven separados de la unidad de la fe? *Nuestro corazón se abre hácia vosotros*, dice nuestro inmortal Pontífice á todos los que disienten de la Iglesia Católica, (2) y esto mismo repite sin cesar á los que, como nosotros, se precian de buenos hijos de tan buena madre. ¿Quién será capaz, repito, de desoir tan dulce llamamiento?

Es verdad, Dios mio, así lo reconocemos todos, así lo reconocen particularmente los hijos de esta ciudad católica, así lo reconocen los hijos de aquellos gloriosos campeones de la unidad religioso-política de España. ¡Rey pacífico y Príncipe de la paz, Salvador de los hombres, Divino Redentor Jesús, que prometiste oír las oraciones de los que se congregan en tu nombre! mira esta multitud de fieles postrada de hinojos en tu dulce presencia, para darte gracias; pues tu diestra, Señor, *redujo á la nada nuestros enemigos*. (3) Nosotros deseamos corresponder á la grandeza de tus beneficios. Oye, Señor, nuestras plegarias en favor de aquellas ovejas que se separaron del gremio de tu verdadera Iglesia, oye nuestras oraciones, porque son las de tu Vicario en la tierra; óyelas, Dios mio, porque son también las de nuestro dignísimo Padre y Prelado, quien de un modo particular pide la conversión de las Iglesias cismáticas y la de la protestante Inglaterra. Nosotros sabemos que nuestras súplicas no serán oídas si no nacen de almas que sean

(1) Cap. 1. v. 14.

(2) Discurso del Papa á la peregrinación obrera española de Abril de 1894.

(1) Letras Apostólicas á todos los Príncipes y Naciones de 20 de Junio de 1894.

(2) Enciclica citada.

(3) Judit. cap. 13. v. 22.

una sola alma y de corazones que formen un solo corazón. Por eso te prometemos trabajar con todas nuestras fuerzas en el restablecimiento de la paz y concordia de tus hijos, y sin duda alguna, viviendo aquí estrechamente unidos con los dulces lazos de la caridad, viviremos también unidos por los lazos eternos de la gloria.—Amen.

AD MAJOREM DEI GLORIAM.